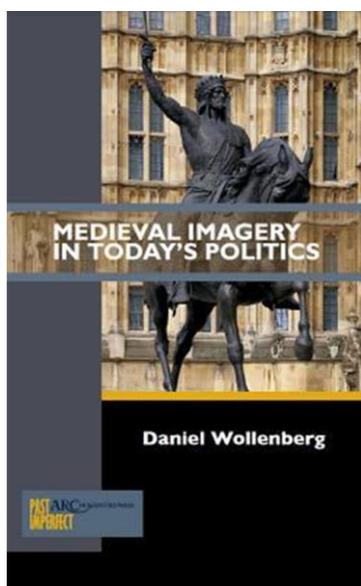

SOBRE *MEDIEVAL IMAGERY IN TODAY'S POLITICS*, DE DANIEL WOLLENBERG

Juan Manuel Lacalle
Universidad de Buenos Aires
lacallejuanmanuel@gmail.com



∞

Medieval Imagery in Today's Politics, de Daniel Wollenberg; Leeds: Arc Humanities Press, 2018; 98 pp.; ISBN: 9781942401407.

El sucinto volumen de la serie Past Imperfect editada por Arc Humanities Press, *Medieval Imagery in Today's Politics*, nos invita a reflexionar sobre ciertos usos políticos de la Edad Media en la actualidad, fundamentalmente de los Estados Unidos. Estas prácticas discursivas oscilan entre su consideración como época oscura, para realizar el paralelismo con un otro presente, y como parte de la conformación identitaria propia, en pos de granjearse un pasado determinado. Hay, también, una reivindicación multicultural de la Edad Media, pero aquí destaca el relevamiento de



expresiones de la extrema derecha. Sus páginas están atravesadas por la cualidad interdisciplinar inherente al medievalismo y por cierta interpelación a la responsabilidad política de quienes practican las distintas ramas de los estudios medievales.¹

Daniel Wollenberg es Profesor Asistente de Inglés, especialista en literatura y cultura medievales, en la Universidad de Tampa. Allí ha dictado seminarios sobre diversas áreas de los estudios medievales y del medievalismo. Entre sus intereses sobre cómo la Edad Media impacta en problemáticas contemporáneas sobresalen el nacionalismo, la identidad y lo étnico, y la memoria colectiva. Su primer libro pone en tensión, con un rango amplio de ejemplos de manifestaciones discursivas, las apropiaciones ideológicas que se hacen del imaginario medieval en nuestro tiempo, enfatizando su función política. El texto se compone de cuatro capítulos, una introducción, “The Past Awakening”, y un cierre, “The Eternal Return of the Medieval”. A esto se suma un último apartado bibliográfico comentado que contiene 28 recomendaciones de libros o artículos sobre medievalismo político, en su totalidad publicados en el siglo XXI, para que el lector pueda continuar indagando. Un dato curioso es que se aclara que algunos de los textos son “material extremista” y que el autor no busca promover las ideas que transmiten; no obstante, los incluye por el interés que implican para la comprensión de estas ideologías.

El punto de partida es elocuente. Abre con el relato del suicidio en 2013 en la catedral de Notre Dame de París del historiador extremista Dominique Venner, quien aducía hacerlo como “protesta” contra la “destrucción” de la identidad nacional y cultural, y para encender la “conciencia racial” de los valores franceses y europeos. El gesto no pasó desapercibido para Marine Le Pen, quien emitió un *tweet* con el objetivo de resaltar el gesto político de “intentar despertar al pueblo francés”.² La contundente ejemplificación desata la búsqueda por demostrar que no se trata de un caso aislado: las derechas estadounidense y de la Europa occidental han tenido una fuerte reacción en las últimas décadas ante la inmigración, sobre todo de África y Oriente Medio, y los ataques terroristas (contabiliza 12 significativos entre 2010 y 2017). El resultado es el incremento y la propagación de la retórica xenófoba e islamófoba y el auge del nacionalismo étnico. De acuerdo con estos pensamientos existiría una autenticidad ontológica francesa, europea, estadounidense y blanca.³ Frente a la modernidad liberal, tolerante y multicultural se erige una Edad Media con visos de estabilidad, legalidad, orden y seguridad. Se trata, ni más ni menos, de reforzar las enemistades entre la sociedad judeocristiana y el Islam, entre

¹ El anteúltimo párrafo del libro concluye: “The revolutionary potential in premodern European society ought to be something worthy of serious study. But when that potential is being deployed towards extremist, fascist, white-supremacist ends, then scholars must act to counter such vicious manipulation” (89-90). La oración final es aún más potente: “A lodestone of that [white] identity is the heritage and legacy of the Middle Ages, which are perceived by many on the far and extreme right to be the bedrock of national and racial origins. Anyone who seriously studies the Middle Ages should be vigilant” (90).

² Más adelante, esta figura es retomada: “Le Pen’s stage show is more magisterial than others about the primacy of the medieval in today’s world. It is impossible to miss the giant golden statue of Joan of Arc next to which the *Front National* holds its annual May Day rallies in Paris; it is equally impossible to miss the frequent references made by different generations of the Le Pens touting the achievements of Clovis and Charlemagne” (58).

³ Durante las elecciones de 2016 en Estados Unidos, el discurso de Donald Trump y sus allegados colocaba en el centro del debate la crisis de la identidad blanca: “That discourse at times draws on the medieval past, whether to paint enemies as primitive savages [...] or to give weight to claims for the longevity and legitimacy of a unified white culture that has been battling for its survival for centuries (2). Aquí se ve cómo se emplean fracciones del mismo imaginario en ambos sentidos: para condenar y para ensalzar actores sociales.

Occidente y Oriente. Si bien el pensamiento no es del todo novedoso, la diferencia, afirma Wollenberg, es que hoy ese discurso se hizo *mainstream*.

En *Medieval Imagery* se estudian dos visiones opuestas de lo medieval en la retórica política: como lo primitivo y lo diabólico, por un lado, y como la base de la identidad moderna, por el otro. Su objetivo no es clarificar errores sobre el medievalismo auténtico o real contra lo fabricado adrede o por mera ignorancia. Las simplificaciones, representaciones o lecturas erradas de la Edad Media merecen, por supuesto, su refutación, pero este no será el espacio. En cambio, la finalidad se esboza claramente: “The primary aim of this book is, more simply, to introduce how and why the premodern past is manipulated and deployed as a means to certain political ends today” (4). El motivo es que la Edad Media ha devenido, más aún tras los hechos sucedidos el 11 de septiembre de 2001, central en las políticas culturales e identitarias de la extrema derecha y, al mismo tiempo, en las explicaciones de la izquierda por la injusticia e inequidad.

El primer capítulo se titula “Getting political” y nos remonta a las denominaciones terminológicas de “medieval”, “*media tempestas*”, “*medium tempus*”, “*medium aevum*”, y la connotación política que implica la consideración de un período intermedio. El giro puede parecer forzado pero no lo es: tal como lo utiliza el propio Trump, lo medieval sería un estado de amenaza y de terror que desafía los límites geográficos y cronológicos; una conminación permanente y arcaica que permite justificar otros accionares. Carly Fiorina, rival de Trump por la presidencia del partido republicano en 2016, Licenciada en Filosofía e Historia Medieval por la Universidad de Stanford, vincula la tortura con lo medieval para señalar que ISIS quiere retrotraer al mundo a la Edad Media. Como Trump, Fiorina emplea la historia para sostener la necesidad de la tortura como respuesta. La concepción de *Dark Ages*, repudiada por los historiadores de las últimas décadas, persiste en el imaginario colectivo, y se asocia al triunfo de la religión sobre la razón, la caída del pensamiento crítico y el predominio de la tortura. Lo importante, de cualquier modo, es la utilidad de la imagen que se quiere transmitir. Otros ejemplos de la actualidad incluyen el discurso en las Naciones Unidas del primer ministro israelí Netanyahu, destacando el pasado bíblico como preludio del estado moderno frente al medieval islámico, la interpretación de las Cruzadas del historiador conservador Thomas Madden y su consideración como “guerra defensiva”, posturas más progresistas que ligan la otredad medieval con la percepción del orientalismo como algo menos desarrollado, y las críticas al cristianismo y la violencia por parte de Barack Obama en 2015.

“Extremes: The Middle Ages on the Fringe” es el segundo apartado, ya menos introductorio. Se profundiza en la glorificación de lo medieval por parte de partidos políticos extremos que atacan a las culturas otras y a inmigrantes en nombre de la pérdida de la identidad, y se ejemplifica mediante los asesinatos en masa perpetrados por el terrorista Anders Breivik. Este sujeto, que se presentaba a sí mismo como un caballero templario, acabó con la vida de 77 noruegos partidarios del “multiculturalismo de izquierda”. De lo particular, Wollenberg pasa a tratar la generalidad de los “white nationalists” y los “white supremacists”, y el manifiesto del austríaco Markus Willinger de la Generation Identity, en contra de todo lo que implica el 68. Al margen de estos casos, y varios más que se mencionan, lo interesante es que en las últimas elecciones de distintos países europeos, estas temáticas estaban en boga. Para construir su retórica, el fascismo se apoya sobre el año 732, la batalla de Tours y Carlos Martel, el latín, la cristiandad, la caballería y, sobre todo, el período de la Alta Edad Media como originario y embrionario, en busca de unidad de valores, cultural, racial y nacional. Quienes se opongan a estos principios “arqueofuturistas” (o como también se autodenominan, una comunidad “neocarolingia”) serán

tildados de “etnomasoquistas”, por renegar de su etnia y cultura ancestrales: “Archeofuturism speaks to the intertwined relationship between past and future” (30).

El tercer capítulo, “Inheritance, Roots, Traditions: Discovering Medieval Origins” inicia con la noción de “tradición” para el conservadurismo, con Edmund Burke como emblema del mundo angloparlante. Esta corriente, según el autor, legitima el presente con un pasado medieval ligado a la fe, la estabilidad y las relaciones sociales armoniosas, la tranquilidad y la disciplina. Algunos de los tópicos que se tocan son: la defensa del feudalismo del sur de Estados Unidos de Richard Weaver, la relación entre la derecha, el Brexit y el euroescepticismo (que se puede expandir a otros bloques), el neerlandés Geert Wilders, y el partido de extrema derecha nacionalista de Hungría Jobbik.

Por último, en “Anxious Returns: The New Feudalism and New Medievalism” Wollenberg se detiene en el concepto postmedieval de feudalismo como previo a la existencia de libertad individual y justicia social. A partir de allí desarrolla la idea de “neofeudalismo”, y alude al ejemplo californiano y la desaparición de la clase media. En términos generales, el neomedievalismo se caracteriza por la desintegración del estado-nación tradicional en pequeños e hiperregionalizados estados o su fusión en grandes bloques internacionales. Todas estas reacciones, concluye, podrían vincularse con el miedo al desorden, producto del cambio de milenio.

El cierre recuerda otro caso: el discurso de 1989 de Slobodan Milošević, presidente de Yugoslavia y de Serbia, en la conmemoración del sexcentésimo aniversario de la batalla de Kosovo contra los turcos otomanos. Su alegato por la tolerancia étnica del otro y la solidaridad tiene su réplica cuando Milošević es juzgado en La Haya. Ante la acusación de “tintes de medievalismo oscurantista”, Wollenberg reflexiona: “Why it should be a medieval savagery, rather than the patently obvious modern savagery that it is, reveals the walls that modernity builds around itself to keep out what it does not want to see” (88).

Sin ánimos de hipótesis conclusivas, *Medieval Imagery in Today's Politics* nos incita a pensar en los distintos usos políticos del imaginario medieval (artístico, filosófico, histórico y literario) en nuestro presente más inmediato, a través de una batería de ejemplos sumamente actuales y vigentes. Sirva este primer acercamiento para profundizar sobre matices y especificidades en trabajos por venir.⁴

⁴ Una posibilidad para continuar adentrándose en el tema es la lectura de algunas contribuciones publicadas en el número de 2019 de *Perspectives Médiévales*.